# Recuerdos de la infancia

Juan Andrés Pérez

Image not found.

# Capítulo 1

Nunca supe si sólo se trataba de un mito o hecho científico. Mi mamá siempre me dijo que comiera bastante atún, pues ayuda al desarrollo del cerebro y fortalece la memoria. Sospecho que más bien que es de esas cosas de tradición oral en conjunto con el desespero producido por mis malas notas.

Todo inició cuando en pleno descanso, antes del examen de sociales, encontré en el fondo de mi maletín una lata grande de lomitos de atún y un abre latas. No supe qué hacer, si comerme todo eso como si fuera una típica merienda, a la vista de todos o, irme a un lugar apartado para no ser carcomido por la vergüenza. Finalmente me decidí a hacer caso omiso de mi hallazgo y esperar una milagrosa iluminación en pleno examen.

Algo que siempre me ha dicho mi padre: "No importa si le fue bien o mal, por alguna razón cuando termina el examen uno descansa". Desde ese día entendí a lo que se refería. Las dos horas de clase se me pasaron fugazmente, en parte por la confianza de haber sido inteligente y haber contestado la tediosa prueba. Observaba el reloj con su ritmo hipnótico, el lento movimiento de esas manecillas negras y gruesas que recordaban la reclusión de ese colegio religioso, parecía que hubieran hecho ese reloj para recrudecer ese sentimiento de aprisionamiento, de falta de libertad… hasta que por fin suena la campana.

Cambio de clase, ese efímero descanso que permite la explosión de una bomba atómica en un salón de clases dónde apenas cabían 42 alumnos organizados en tres columnas que de la nada estallaban en algarabía; los sentados en la parte de atrás lanzaban bolas de papel, aviones e incluso papelitos con saliva con cerbatanas improvisadas; las niñas cuchicheaban, se peinaban y demás cosas que uno ni se fijaba; los de en medio y en frente hablábamos, solíamos hacer chistes de todo, hacíamos planes para luego de clases que casi nunca se concretaban, en fin, completábamos lo que el escaso tiempo del recreo nos permitía.

Sale un profesor y entra otro, el destello de libertad desvanece, el estruendo de ese estallido mengua mientras cuarenta y dos alumnos en un caos organizado buscaban su puesto asignado. El nuevo docente borraba el tablero de tiza, esas son las ruinas que quedan luego del estallido.

Luego de sociales teníamos religión, la última clase del día. Fatigados, con sueño, con anhelos de terminar de una buena vez la jornada. Algunos caen víctimas de la radiación de letargo que cubre el salón; otros, como yo, buscamos distraernos con lo que sea, mirando a la ventana, soñando con ser aviador mientras colocaba una regla en medio del clip del portaminas o sujetándola con la tapa de un lapicero e imaginar que en ese

avión visitaba lugares distantes.

En ese preciso instante cuando más distraído, con el viejo Rodríguez monologando sobre la vida hace dos mil años, Carlos, sentado atrás mío me toca el hombro, estaba con los cuadernos en el morral, el saco verde del uniforme puesto y aguantando el calor del medio día, expectante del reloj del salón. Una vez me percaté de esto, hice lo propio y alisté mis cosas.

Primero fue Hiroshima, luego Nagasaki. Sonó una fuerte sirena no muy lejos, todos los alumnos del tercero B la imitábamos tan duro como podíamos, cuatro segundos más tarde sonó la campana de bronce, las doce en punto, que marca el fin de la jornada. Desde ese momento detonó fat man sobre Nagasaki. La anarquía estaba rampante en todos los salones.

Los amigos que tenía en el tercero A irrumpieron alegres en el aula del B. Éramos amigos desde que recuerdo, desde el Pre kínder, hasta que al elaborar las listas de aquel año nos separaron.

Esto se repetía en todos los salones del segundo piso, que comenzaban del tercer al quinto año, sabíamos que tendríamos que salir corriendo antes que hubiera tumulto en las escaleras para no quedar abultados con los más grandes o encontrarnos con algún abusivo.

Una vez llegábamos al primer piso la libertad y las emociones de la juventud eran más palpables. A veces veía a los de segundo jugar fútbol, un deporte elitista, de selección natural, porque al estar desprovisto de toda táctica solo era una pirámide de niños corriendo detrás del más rápido que era quien llevaba el balón.

En las canchas de cemento, estaban otros jugando básquet, canicas, intercambiando láminas de algún álbum, etc. Era el patio de la prisión.

En esa época se salía del colegio por la puerta trasera, que era un portón gigante de latón y color rojo desteñido de tantos años sin retoque. Afuera se hacían los vendedores ambulantes, todo parecía un mercado persa dónde los adultos buscaban el dinero de los niños al ofrecer mango viche con sal y limón, chontaduro con miel y sal, pollitos teñidos que siempre se morían al día siguiente, yoyos, trompos entre varias curiosidades. En medio de aquel capitalismo informal estaban los padres de familia que calmaban los antojos de sus hijos o haciendo reclamos a algún vendedor mal intencionado. Al otro lado de la calle todo cambiaba, regresaba el orden y el decoro pues se encontraban los vehículos de las rutas escolares.

Toda la vida me traía y llevaba la misma señora en una camioneta azul vieja, no recuerdo la marca ni el modelo, pero realmente era vieja e

incómoda. Esto último no me importaba dado que vivía cerca del colegio.

Una vez en casa me despojaba de los incómodos zapatos del uniforme de diario, de las medias y andaba descalzo por toda la casa, miraba televisión hasta que llegaba mi mamá de su trabajo y me ponía a hacer tareas.

Al día siguiente, todo fue la misma rutina, salvo que era día de ir en la sudadera. Por la noche fui interrogado por el resultado del examen de sociales, a lo que tímidamente respondí "lo perdí, me pusieron insuficiente". Sólo escuché un "pero cómo es posible si le ayudamos a estudiar y usted se sabía varios ríos y capitales del país", solo se me ocurrió contestar honestamente "se me olvidaron".

Una vez en mi cuarto me llegó de golpe la memoria de la madrugada del día anterior. "Que bruto" me dije a mí mismo, recordé como es que antes que me recogieran en la camioneta azul repase las capitales y los nombres de los ríos importantes. También recordé que por algún motivo en el salón no los recordaba y que contesté con una lógica abstracta por el juego de letras entre ríos, ciudades y departamentos. Al alistar mi maleta para el día siguiente saqué la lata de atún y mi mamá la vio, simplemente me dijo "¡si ve!, ¡eso le pasa por no comérselo!".